

Iñaki Cano, cuando salté la valla del golf

Cuando descubrí el juego del golf, yo ya tenía una edad. Me arrepentí por no haberlo hecho mucho antes, o mejor dicho, por negarme a practicarlo. Me repelía el mero hecho de mezclarme con los jugadores. ¿Un tipo como yo, de un barrio obrero? ¿Un tío de Manoterías jugando al golf? ¡Venga, hombre!

Por aquellos años mozos, servidor se bajaba de Manoterías a La Moraleja para quitarles las bolas de beisbol a los americanos destinados en la base de Torrejón, que las tiraban por encima de las vallas. Los campos de golf aún no existían allí, pero ya se estaban produciendo

los movimientos de tierras para construir el primero de ellos.

Por entonces yo ni sabía que existía un deporte llamado así, y aunque lo de la bolita y el palito no me atrajo, sí que me interesé por saber cómo era un campo de golf cuando me dijeron que allí iba a estar uno de los mejores de España.

Los años setenta, en España y en Madrid, eran tiempos difíciles para los que no teníamos posibilidades. Los padres trabajaban desde el amanecer hasta la madrugada y algunos hijos teníamos todo el tiempo del mundo para hacer a nuestro gusto sin que nos vigilaran.

Una travesura de juventud

Montado en la bicicleta que me trajo mi padre de Suiza, y con la excusa de ir a la piscina de los madrileños junto al río Manzanares, me fui a descubrir junto a un amigo la urbanización de Puerta de Hierro y su emblemático campo de golf. Tan verde. Tan bonito. Tan grande. Con un impresionante olor a hierba recién cortada, aunque fuesen las seis de la tarde. Lo recuerdo como si fuera ayer. Salimos de la piscina del Parque Sindical, cruzamos la estrecha carretera de El Pardo y entramos al campo de golf saltando la valla, y lo primero que vimos, justo delante de nosotros, fue a unos señores vestidos de forma elegante, golpeando con el palo con un silencio sepulcral. Ni los pájaros se atrevían a piar, y por supuesto mi amigo y yo tampoco. Nuestro primer viaje al club de golf de Puerta de Hierro, ida y vuelta, claro, duró tres minutos.

Saltar la valla, subirnos a la bici y pedalear como si fuéramos Ocaña o Bahamontes fue todo uno. La carretera de la playa y su cuesta no fueron obstáculo. No paramos hasta alcanzar la barriada de casitas bajas de Valdevidar, junto a Manoterías. No le deseo a nadie el susto y el miedo que pasé aquella tarde de principios de verano, no recuerdo bien cuál. ¿1969? ¿1970? ¿1971?

También tardé en acercarme al golf porque yo era más de fútbol y de los deportes de contacto, los de camiseta y pantalón corto. Por mi actividad profesional me acerqué a golfistas profesionales, que siempre se extrañaban de que no jugase. A todos les decía lo mismo: “Ese no es un deporte para mí”. ¡Error!



Quiero darle las gracias al golf por los amigos que me ha entregado, por haberme enseñado a respetar la naturaleza, por haber aprendido a ser solidario y tantas cosas más



Cuando descubrí el golf, yo ya tenía una edad. Me arrepentí por no haberlo hecho mucho antes, o mejor dicho, por negarme a practicarlo

Por fin llega el golf a mi vida

Gracias a la insistencia del periodista Ángel Rodríguez, por fin cogí un palo y un cubo de bolas de prácticas en Chantilly, durante la Copa del Mundo de Francia 98. Tuve la suerte entonces de pegarle a la bola, verla volar y bañarse en el lago/cancha de prácticas del campo de La Forêt Chantilly.

Aunque Ángel me avisaba de que era una locura salir al campo sin tener ni idea, le convencí para que dejásemos la cancha de prácticas. A las tres de la tarde nos ajustamos el guante, pinché el tee y puse la bola tal y como mi compañero e instructor me había dicho.

El resto de instrucciones no debí de seguirlas muy bien porque al anochecer, a eso de las 21.45 horas, yo seguía 'erre que erre' intentando dar a la bola. Cansado, casi a ciegas y harto de las risitas de Ángel Rodríguez, me retiré a mi Chateau du Chantilly donde me propuse disfrutar desde entonces, y eternamente, de la pasión del golf si es que fuese posible.

Aquella misma noche telefoneé a mi amigo Pepe Ruiz, director de los Hipotels La Barrosa de Chiclana para que además de las habituales habitaciones para las vacaciones familiares me reservara en Sancti Petri un profesor y las clases necesarias para salir de mis vacaciones sabiendo jugar al golf.

Enganchado a un gran deporte

Ya estaba enganchado a este gran deporte y a la gente que lo juega. En un entorno con una naturaleza maravillosa y una educación deportiva como nunca me habría imaginado. Desde aquel verano del 98, el golf es para mí una pasión irrefrenable e inquebrantable. Lástima haberme asustado tanto tras saltar la valla de Puerta de Hierro como para desaprovecharlo durante casi 30 años.

Ahora soy defensor a ultranza del golf y de todo lo que lo rodea. Salvo algunos reductos del pasado, es un deporte apasionante en el que cada día que sales al campo intentas superarte.

No sólo quieres ganar a tus rivales/amigos, sino a ti mismo. Un recorrido de golf es respirar salud. Un partido con amigos es reafirmar la amistad. Un duelo golfístico con desconocidos es el nacimiento de un nuevo grupo de amigos. Jugar al golf es respetar la naturaleza, cuidar del agua, no ensuciar las calles por las que juegas, no tirar un papel y dejarlo todo mejor de lo que te lo encuentras, pensando en los demás y en los que vienen inmediatamente detrás de tu partido. Es dejarlo como te gustaría encontrarlo.

Jugar al golf es también enfadarte por las críticas destructivas de los que nunca han estado en un campo, tal y como hacía yo. Entonces no existían los avances de la comunicación que ahora tenemos. En aquellos años sólo jugaban al golf los pudientes. Ahora los campos públicos están al alcance de todos y la amplia información te enseña lo que es el golf.

Jugar al golf también te permite pisar las mismas calles que Sergio García, Jon Rahm o Miguel Ángel Jiménez. Intenta jugar en el Bernabéu con Bale o en el Camp Nou con Leo Messi. Sin embargo, en éste bendito deporte puedes jugar incluso con los profesionales del golf y con un poco de suerte, en un ProAm contra ellos.

Un deporte maravilloso y único

Además el hándicap te permite soñar con hacer menos golpes al menos en un hoyo. ¡Iluso! Pero yo, que he compartido partido con el gran Seve Ballesteros –perdí, por supuesto–, en el tee del 1 llegué a soñar con

la victoria. Luego, a partir del segundo golpe, solo disfruté de poder pasear junto a él por un campo y poder estar a su lado ese día y muchos más después.

Gracias a mi pasión por el golf he podido disputarles la victoria a mis hijos en un deporte que me permite luchar contra los más jóvenes aunque no tenga las mismas energías que ellos. He podido disfrutar de la compañía de mis hijos más de cinco horas seguidas jugando, peleando por la victoria y charlando.

Y en los tiempos que vivimos, de prisas, stress y distancias generacionales, no me negarán que no es una bendición pasar con los tuyos tantas horas. En medio de una ¿sana? competitividad entre hijos y padres.

Por todo lo expuesto, les aconsejo que lo conozcan y practiquen cuanto antes para no confundirse ni confundir a los demás. Quiero darle las gracias al golf por los amigos que me ha entregado.

Agradezco que el golf me haya enseñado a respetar la naturaleza. He aprendido a ser solidario con los que empiezan porque antes también lo fueron conmigo. Desde que practico el golf sé relajarme ante los errores reiterados. Con este deporte también he aprendido a cuidar las amistades que nacen en un campo y que son, la mayoría, como de la familia y para siempre.

Mi pasión por el golf sólo tiene una pega, que es muy cara en estos días: el tiempo. No dispongo de cuatro horas, diarias ni cada tres días, para poder jugar. Si alguno de ustedes vende tiempo y me lo pone barato, se lo compro para poder disfrutar de mi pasión más a menudo y de paso arrepentirme por no haber saltado antes la valla del golf. ✓

Por Iñaki Cano